

diana modesta y burguesa de un cualquiera. Trátase del retrato que le hizo Vázquez Díaz, con esa espiritualidad francesa a cuyo ritmo vibran hoy la literatura y las artes. Este retrato de ahora, como cosa más material, por ser escultórico y hecho por el artista más castellano que tenemos, quizá resulte más pleno de unanimismo, entendiéndose aquí por tal cosa la relación de la materia, la forma y el espíritu de Unamuno con el suelo peninsular. Hay que tener en cuenta que todo lo que tiene de excepcional Unamuno consiste en ser la tierra, el barro andante y pensante bajo los cielos y a la luz de España. Hoy, estéticamente, se es de París; religiosamente, del clericalismo romano; mecánica e industrialmente, de Norteamérica... Pues bien: Unamuno, que es un hombre de estudio y cuya inteligencia se desparra por todos los ámbitos de las humanidades, es sencillo, austeramente español, a pesar de lo difícil que hoy resulta serlo. Los rasgos fisonómicos de Unamuno son de una especialidad y de una rareza tentadoras y suscitadoras en el artista de los instintos mimetistas que permanezcan más aletargados. Fatalmente, se viene al pensamiento, por inevitables derivaciones mnemotécnicas, a ver su frente en martillo de forjar. Y como no es otra cosa que esto su energía pensante, pues hasta parece, al leer sus escritos, que se está percibiendo el estruendo de las forjas y de los redobles, por lo cual no sólo no extraña, sino que aparece muy característico el abombamiento audaz de la frente en este retrato. Pero hay una rareza más estupenda aún en la fisonomía de Unamuno, que es su nariz. La nariz de Unamuno es como el enorme pico de un buitre, nariz apta para desgarrar los entresijos de los conceptos y de las ideas. Ha tenido Macho un acierto de zahorí al interpretar los ojos de Unamuno, ojos sin pupilas y en que las cavidades vacías se abren algo desmesuradamente como para dejarse penetrar por la vida a torrentes. Los planos de las sienas y de las mejillas son como amplios paramentos que desde el pelo a la barba relacionan todos los rasgos, con fuerte insinuación de monumentalidad perfectamente sentida y comprendida, desde todos los puntos de vista: de frente, de perfil y de espalda. En los cuadros de los hermanos Zubiaurre se percibe, en los grupos de paisanos vascos, la pesada monotonía de estos rasgos de versolari y de gran brujo de Unamuno, que tan artística y grandiosamente ha expresado aquí Macho. En nuestro tiempo, ni en la vida diaria ni en la del arte se está tranquilo, como no se haya desbordado la personalidad. Ha de rebosar ésta al través de los poros de la pequeña y frágil forma humana.

El hombre espíritu ha de dejar chiquitín al hombre materia. El super-hombre. El super-realismo. Todos estos matices parecen inquietar la reciedumbre de montaña con que Macho ha simbolizado a Unamuno. Y no estaría completo el concepto que nos hemos formado de esta obra si omitiésemos su cualidad suprema, la que más poderosamente integra el conjunto.

Trátase, pues, de una obra escultórica que fatalmente ha de instalarse al aire libre, por la misma razón que a una montaña se la pondría en ridículo construyendo sobre ella un fanal inmenso que la librase de lluvias y de vendavales, de huracanes y de pedrisco. No; esta figura en que Macho nos presenta, traducida en líneas y planos, la personalidad de Unamuno es de una gigantesca grandeza monolítica, como si el fundamento de su contextura fuese, más que un esqueleto humano, una peña enorme con facciones humanas señoreando, a la manera de otra peña de Orduña, un maravilloso valle ideal de Loyola. Y necesita, para mostrar toda la eficacia de sus energías expresivas que contra sus formas se estrelle el huracán, silben los vendavales, refulja el sol y se consume totalmente ese concierto de formas, colores y luces en que hoy ambiciona vivir el hombre, un poco envidioso de la gloria en que trascurre la existencia del mundo físico bajo el régimen del divino sol. Además, en una galería de estatuas disonaría ésta de Unamuno, con su cráneo violentamente amartillado, con su monstruosa nariz de pico de buitre, con su gesto de desafío, frente a las personas y las cosas usuales del mundo que pueblan las galerías en todos los museos. Por último, parece como si el paisaje atrajese hacia sí a

esta figura, o la figura necesitara para lucir sus extravagantes grandezas y sus soberanas insinuaciones, de las amplitudes acariciadoras del paisaje. Para detalles del pelo y de la barba se ha valido el escultor de ciertos recursos hieráticos del arte moderno que contribuyen a la bravia grandeza del conjunto de la obra.

Y ahora vamos a lo inverosímil. En la vestimenta del señor Unamuno aparece ahora por primera vez, que yo sepa, el detalle de una especie de amplísima faja que sustituye al chaleco ordinario y da a su figura un porte levítico de cura protestante, o más bien de esa cierta clase de clérigos romanos de magnífico talante francés y que quizá viene del antiguo abate y se conserva entre nuestros vecinos traspirenaicos como prestigiosísimo atributo del perfecto levita moderno. Sobre el corazón, y por cima de la referida amplia faja, lleva la figura de una cruz de escaso relieve sobre la tela del traje, queriendo semejar el superpuesto de las cruces rojas que llevan algunos sacerdotes en la sotana. «¿Y eso?», preguntamos al escultor. «Esa cruz—nos contesta Macho—la puso el mismo Unamuno donde está». ¡Muy bien, y estamos conformes! Unamuno es un cruzado, y sobretodo lo era indudablemente en el momento en que él mismo modelaba la sagrada insignia.

Francisco Alcántara

Religión y Política

La cruz de Unamuno

—De *La Libertad*, Madrid—

«Del grupo de arcilla española llevada por el escultor a Hendaya, don Miguel toma una porción entre sus dedos... La mirada de don Miguel se proyecta, a través de los espejuelos de escribano que cabalgan en su nariz, hacia la tierra española, mientras modela en arcilla una cruz... Don Miguel está emocionado, tiernamente emocionado... Se acercó al busto, terminado, y lo condecoró con esta cruz. «Dejémosla aquí», dijo. Yo—añade Victorio—la he respetado y la respetaré después, al pasar el busto a materia definitiva.»

Así relata, en estas mismas columnas, el profundo rasgo del gran español, un periodista de espíritu fino y sensible.

Otro gran compatriota, de temperamento muy diferente al de Unamuno, pero que había encontrado en el sentimiento cristiano fuerza para vivir noblemente, destacando sobre un fondo de egoísmos y pequeñeces, dió casi exactamente la misma nota. Era don Gumerindo de Azcarate. Al redactar su testamento ológrafo y al preferir, sólo porque no había cementerios peñeros, el enterramiento en un cementerio civil, dispuso lo siguiente: «Quiero que sobre mi ataúd y sobre mi tumba se ponga una cruz.»

«¡Una cruz!... ¡Bah!—dirán muchos—. ¡Debilidades de los grandes hombres! He aquí unos espíritus fuertes, pero no

lo bastante fuertes para librarse de las influencias retrógradas de una tradición religiosa. Respetémoslos en su puerilidad, que, al fin, han de ser pequeños en algo. Pero no los imitemos en estas sensiblerías. Fijémonos en lo que es atrevido y valiente de su actitud y de su ejemplo.

Pero es el caso que ninguno de estos dos hombres llega a momento de tan significativa expresión sino a través de la larga trayectoria de toda una vida, que puede ventajosamente compararse con la de sus coetáneos. No se trata de un desmayo, de una claudicación, de una insinceridad con que se compra un respiro de paz en el ambiente social o familiar. Estos hombres proceden serena y deliberadamente. Quieren expresar lo que son, lo que sienten, el principio supremo que ha gobernado o está gobernando sus vidas. Y si merecen atención en lo demás, ¿por qué no en esto también? Son predicadores, que nos enseñan con su ejemplo.

Y lo primero que nos dicen es que el símbolo de la cruz trasciende toda organización religiosa y eclesiástica, toda secta y toda escuela. No hay institución alguna sobre la Tierra que pueda reclamar la exclusiva de tal señal. Es el símbolo del sacrificio supremo, y, por lo tanto, de todo sacrificio. Los dos leños atravesados, patíbulo infamante de la antigüedad, han sido glorificados y su-